



BAMBALINAS



LOS DÍAS CONTADOS

SARAY GARCÍA SÁENZ

EL DÍA QUE DESCUBRIMOS QUE TENÍAMOS PIERNAS

Dormitorio de niñas en una casa española. Colores blancos o rosas. Años 60 o principios de los 70. Dos hermanas, una de 15 y la otra de 17 años.

CANDE.- Hola. ¿Qué haces, mocosa?

EVA.- Jugar. Y no me llames mocosa.

CANDE.- ¿Y cómo quieres que te llame, mocosa?

EVA.- Solo me pasas dos años. No puedes seguir toda la vida llamándome así. Que ya tengo quince años, que ya no soy una niña.

CANDE.- (*Burlona*) Lo serás siempre, mocosa.

EVA.- Imbécil.

CANDE.- Tonta del haba.

EVA.- Caraculo.

Candelas está mirando en el armario, buscando ropa. Coge alguna percha y se la coloca por encima, viendo qué tal le queda la prenda.

CANDE.- ¿Has conocido a la nueva profesora del colegio?

EVA.- No, todavía no me ha tocado. Pero he oído en el colegio que es una buscona.



BAMBALINAS

SARAY GARCÍA SÁENZ

CANDE.- Se llama Marisol, yo sí la he conocido. Ah, y no, no es una buscona, solo que lleva faldas que dejan ver las rodillas.

EVA.- Pues eso, que es una buscona.

Candelas sigue "probándose" ropa, por encima, sin cambiarse. No está claro qué busca.

CANDE.- A mí me parece elegante. Y es muy guapa y enseña muy bien. No como las monjas, tan estiradas y siempre pensando más en el catecismo que en las matemáticas.

EVA.- Pues a mí las monjas me caen bien. Son muy buenas.

CANDE.- ¿Todas? ¿Y qué me dices de Sor Carmen?

EVA.- Bueno, Sor Carmen es Sor Carmen.

CANDE.- ¿Y Sor Pilar?

EVA.- Vale, de acuerdo. Sor Pilar también es muy... muy suya, vamos.

CANDE.- ¿Y Sor...?

EVA.- Cande, ya vale. Es cierto, no me caen bien todas las monjas. Pero Sor Teresa es muy amable y Sor Juana me está enseñando a tocar la guitarra.

CANDE.- Pues eso, que en las monjas pasa como con en cualquier vecindario: hay buenos y malos vecinos. Y luego hay vecinos tocacojones.

EVA.- ¡Cande! No sé por qué tienes que hablar así. Lo haces para fastidiarme.

CANDE.- Lo confieso. Un poco sí. (*Enseña un vestido largo*) Marisol tiene un vestido como este, pero más corto.

EVA.- ¿Quién?

CANDE.- Maribel, la profesora. Si es que no me escuchas cuando te hablo.

EVA.- Ah, sí. Claro, claro. Más corto. Lo que yo te decía. Una buscona enseñando sus partes.

CANDE.- (*Quitando el vestido de delante, algo enojada*) ¿Sus partes? Pero mira que eres. Se llaman rodillas: ro-di-llas. Ni que enseñara el felpudo.

EVA.- ¿Ves? Ya estás otra vez con ese vocabulario.

CANDE.- Pues deberías saber que en Francia llevan faldas todavía más cortas, enseñando muslos.

EVA.- Ya, pero es que las francesas son todas unas guarras. Si hasta he oído que le han puesto su nombre a una postura de cama.

CANDE.- El de ellos, los chicos, no el suyo. Es el francés, y quizá sea porque están más avanzados, no por ser más guarras. Anda, mira que no sería divertido que le pusieran nuestro gentilicio a una postura sexual. El español. Muy patriótico. Este Gobierno se sentiría orgulloso. Aunque, conociendo este país, posiblemente sería una postura a escondidas, con la luz apagada y con una sábana entre el hombre y la mujer, como hacían nuestras abuelas. Si es que no evolucionamos nada.

Vuelve al armario. Revuelve cosas, las saca, algunas las tira desordenadas y otras las coloca para probárselas. Escoge unas faldas tipo colegiala, que le llegarían más debajo de las rodillas. Va a un costurero y saca unas tijeras. Se acerca a la falda y empieza a cortar.

EVA.- (*Intrigada*) ¿Qué estás haciendo?

CANDE.- Pues ya lo ves, cortando mis faldas. Quiero llevarlas como la señorita Marisol.

EVA.- (*Asustada*) Pero... ¿y papá? ¿Y mamá? No te dejarán salir de casa con eso. Es una locura. En cuanto lo vean, te harán cambiarte.

CANDE.- Las pienso cortar todas. No pienso dejar ni una sola que llegue a tapar mis rodillas. Quiero que todo el mundo las vea.

EVA.- Sí, sí. Haz lo que quieras pero tus rodillas no las van a salir de esta habitación. Si no tienes otra falda te castigarán en casa. Sabes que...

CANDE.- (*Frustrada, triste. Interrumpe a su hermana alzando un poquito la voz*) Lo sé, lo sé. (*Sus hombros caen y su cabeza baja, cansada*) Sé que no servirá de nada. Sé que me castigarán, y que me volverán a comprar otras faldas, y que me obligarán a llevar ropa que llegue casi a los tobillos. Claro que lo sé, lo sé. Y también sé que la señorita Marisol durará poco, que también a



ella la obligarán, la obligarán a marcharse. No aceptarán que rompa estas estúpidas normas nunca escritas. La acusarán de todas las perversiones, o de pervertirnos a nosotras, que es peor. (*Levanta el rostro, con una chispa de luz, con un poquito de ilusión*) Pero, con un poco de suerte, quizá durante unos días, o unas semanas, papá y mamá no se darán cuenta de que llevo las rodillas al descubierto. Y durante esos días ella sabrá que lo hemos comprendido, que su paso por aquí no ha resultado inútil. Me mirará, quizá también a alguna otra chica, verá mis rodillas, o las nuestras, y pensará: ahí va una mujer moderna, de una nueva época, una mujer con ideas propias, a la que no le hace falta un marido para pensar, para opinar.

Eva la mira, en silencio. Duda. No sabe, pero quizá su hermana tenga razón. Duda. Sí, duda.

EVA.- ¿Y después? ¿Qué ocurrirá después? Dices que a ella la obligarán a marcharse y tú, tú estarás castigada. No te servirá de nada.

CANDE.- No lo entiendes, ¿verdad? A mí ya me ha servido, y ahora lo importante es que le sirva a ella, a la señorita Marisol, que pueda seguir llevando faldas cortas, aquí o en Alburquerque, da igual. Y que allá donde ella lleve una de esas faldas, otra chica las vea y quizá haga lo mismo.

Vuelven a guardar silencio. Ella se prueba la falda corta, por encima de las rodillas. Le queda bien, se ve preciosa. Se envalentona. Se quita la que lleva y se pone la nueva, la corta. Se mueve como si estuviese en una tienda de ropa o en una pasarela. Sonríe.

CANDE.- ¿Qué te parece?

EVA.- Estás... Estás muy guapa. Pareces... (*No acaba la frase, que queda suspendida, en una duda entreverada de admiración*)

CANDE.- Más mujer.

EVA.- (*Asiente*) Eso, más mujer.

CANDE.- Es que eso es lo que Marisol nos enseña. A ser más mujer, no más trozo de un hombre.

Durante unos segundos, disfrutan la escena. Entra la madre.

MADRE.- Chicas, ya es hora de...

Se interrumpe al ver la ropa que lleva puesta su hija. Desaprobación.

MADRE.- ¿Se puede saber qué te has puesto? ¿Qué tipo de indecencia es esa? *(Ve las tijeras y todos los trozos de tela cortados)* ¡Virgen Santa! ¡Has convertido todas tus faldas en vestidos de cabareteras! ¡Madre mía! Me va a dar algo. Me va a dar.

CANDE.- *(Tratando de defenderse)* Mamá, no es ropa de...

MADRE.- *(Recompuesta y con total dureza)* ¡Cállate! *(Mira de nuevo la ropa. Una tras otra, pone todas las faldas junto a la niña. Todas le quedan cortas.)* No has dejado ni una. No has dejado ni una. ¡Qué vergüenza! Cuando lo vea tu padre... ¡¡¡Sebastián!!!¡¡¡Sebastián!!!

CANDE.- Pero mamá...

MADRE.- ¡Que te calles! Vamos ahora mismo a hablar con tu padre. ¡Sebastián!

Tira de su hija, sacándola de escena. Lleva a la chica de un brazo y en la otra mano lleva los trozos de tela. Mutis.

Eva se queda en escena, en silencio, como asustada. Mira algunos trozos de tela, revisa las larguras, las faldas. Coge las tijeras despacio, como con miedo. Las vuelve a dejar sobre la mesa. Coge una de las faldas de su hermana y se la pone. Le queda por encima de las rodillas. Duda. Sonríe. Va al perchero, coge sus faldas. Empieza a cortar. Se quita la falda. Fundido a negro.



EL DÍA QUE NOS EQUIVOCAMOS

Por la parte derecha del escenario sale Isidora con un hombre. Eva entra por la izquierda y se queda a la espera.

ISIDORA.- Eva, cariño, pero si no sabía que hoy venías.

EVA.- Como casi todos los días, tía, pero veo que hoy la he cogido ocupada, ya me voy...

ISIDORA.- No digas tonterías, este señor ya se iba.

Se despiden.

ISIDORA.- Pobre hombre; su mujer murió hace unos años y su hijo Antoñito haciendo la mili en Sidi-Ifni, sin noticias de él desde hace un mes.

EVA.- ¿Y ha venido a ver si usted sabe algo de Antoñito?

ISIDORA.- No, de su mujer. A Carmencita la conocí antes de que empezara la guerra. Le he dicho que estaba bien, tan guapa como siempre...

EVA.- ¿Y entonces a qué viene esa cara tan larga?

ISIDORA.- No sé... se la veía intranquila, me ha dicho que se acercaban malas noticias, que la vida es muy diferente en España y que, fuera de estas fronteras, a los jóvenes se les abren los ojos.

EVA.- Pues es normal que la señora Carmen estuviera preocupada por su hijo. ¡A saber qué está viendo Antoñito en África viviendo con los bereberes esos! ¿Y se lo ha dicho a su marido?

ISIDORA.- No, me ha dicho que no le dijera nada de eso. Espero que Antoñito esté bien.

EVA.- Seguro que sí. De todas formas tus muertos a veces...

ISIDORA.- (*tajante*) Mis muertos no se equivocan, niña, la que se equivoca soy yo. ¿Quieres café?



BAMBALINAS

SARAY GARCÍA SÁENZ

EVA.- Claro.

Se sientan las dos. Isidora sirve café.

ISIDORA.- No hay que ser vidente para saber por qué has venido hoy a verme.

EVA.- (*avergonzada*) Para verla, tía, ¿para qué si no?

ISIDORA.- Eva, hija, que te conozco como si te hubiera parido.

EVA.- Llevo dos semanas sin recibir carta de Felipe, tía.

ISIDORA.- Aquí no ha llegado nada, ya lo sabes. Pero hoy es martes, el correo estará a punto de llegar. Si ya...

EVA.- ¿Le habrá pasado algo, tía? No, no puede ser. Es el destino, el destino nos empuja a casarnos.

ISIDORA.- Ay... La juventud...

EVA.- ¿Le he contado a usted lo reguapo que estaba el día que nos conocimos en el cementerio?

ISIDORA.- Mil veces.

EVA.- (*prosigue*) No fue casualidad que la tumba de su mujer estuviera al lado de la de mi hermano. Me miraba mucho y, poco a poco, yo sé que dejó de ir al cementerio para visitar a su mujer y encontrarse conmigo.

ISIDORA.- ¿Quieres que le preguntemos a tu hermano qué opina de esto?

EVA.- No hace falta; ya sé qué diría si estuviera vivo: que le tendría que haber contado a madre lo del compromiso, que estoy loca por querer casarme por poderes con un hombre que se ha marchado a las Américas... y que estudie, que tengo demasiados pajaritos en la cabeza y que solo me queda este año para ser enfermera.

ISIDORA.- Pues eso.

EVA.- Pero tía, yo se que él me quiere.

ISIDORA.- Pero tú no te dejaste...

EVA.- (*la interrumpe*) No, no. Me acompañaba del cementerio a casa y un domingo, antes de irse, estuvimos paseando por la plaza. Nada más.

ISIDORA.- (*con picardía*) ¿Y entró al portal?

EVA.- (*se rie divertida*) ¿Cómo se le ocurre, tía Isidora? Nos dábamos la mano en la esquina antes de llegar a casa y cada mochuelo a su olivo

(...)

EVA.- Pero él recuerda esos apretones de manos como si fueran besos.

ISIDORA.- (*con picardía*) Por eso te mandó los guantes, para que no pudieras “besar” a otros.

EVA.- (*entusiasmada*) Ay, los guantes, ¡mis magníficos guantes de novia llegados de América! Ayer casi los descubre mi madre...

ISIDORA.- ¿Y se puede saber dónde los escondías, alma cándida?

EVA.- Dígamelo usted, vamos a probar sus dotes de vidente conmigo (*ríen*). Lo estoy viendo: lo próximo que me mandará será el vestido de novia.

Entra el cartero por la izquierda con un paquete.

CARTERO.- Buenos días, ¿se puede? Traigo una carta y un paquete para la señorita Evangelina Murillo.

Las dos se levantan y Eva coge la carta. El cartero se retira.

EVA.- (*radiante*) ¿Lo ve, tía? ¡Si al final yo también voy a ser vidente!

ISIDORA.- (*profetiza*) Esa carta trae malas noticias.

Eva abre la carta, es una nota corta. La lee y va hacia la caja. La abre. Son cartas.

EVA.- (*informa sin reaccionar*) Son las cartas que le mandé. Me las devuelve todas.

ISIDORA.- (*se acerca y le consuela*) La vida es muy diferente en España, hija. Fuera de estas fronteras a los jóvenes se les abren los ojos...



EL DÍA QUE FUIMOS FUERTES

Habitación de hospital, en maternidad. En ella, Cande, la paciente, y su hermana Eva, cuidándola. Cande y Eva observan en silencio. Eva coge de la mano a Cande, que está todavía con un gotero y con el camisón de hospital. Su pelo revuelto, su rostro cansado. El médico acaba de entrar en la habitación.

DOCTOR/A.- Ha llegado demasiado pronto. Ni siquiera tiene ocho meses. Y su peso. Apenas alcanza los dos kilos. Dos kilos cien, para ser más exactos. No sobrevivirá. Demasiadas complicaciones. Es cuestión de días, quizá una semana con mucho esfuerzo. No merece la pena. Además, usted no puede darle el pecho. La medicación que hemos tenido que utilizar y los problemas que usted arrastra no permitirán que le suba la leche.

CANDE.- (*Seria, cansada, casi sin emoción en la voz*) ¿Dónde está? Quiero verlo.

DOCTOR/A.- No me parece muy conveniente. Como le he dicho, casi con toda probabilidad morirá en las próximas horas. Hemos creído oportuno no hacerle pasar por ese mal trago.

CANDE.- Tráiganlo, por favor. Quiero verlo.

EVA.- Por favor, doctor. Deje que al menos lo vea unos minutos.

DOCTOR/A.- No será beneficioso que se encariñe con la criatura. Han sido sólo treinta y cuatro semanas de gestación y sus dos kilos... Vamos, que sólo conseguirán que la paciente sufra más con la pérdida. Mírelo por el lado bueno, señora García. Usted ya tiene tres hermosos hijos. Piense en ellos, en la vida que ya tiene, en sus responsabilidades, y no se preocupe por este... contratiempo.

CANDE.- (*Firme*) Tráiganlo.

El médico accede por fin. Asiente y sale de la sala buscando a una enfermera.

DOCTOR/A.- Enfermera. ¡Enfermera! (*Mutis*)



BAMBALINAS

SARAY GARCÍA SÁENZ

Se quedan solas las dos hermanas. Eva abraza y consuela a una Cande que permanece rígida, impertérrita. Su hermana no sabe cómo consolarla. Tras unos incómodos segundos, entra una enfermera empujando una cunita de hospital.

EVA.- ¿Qué vas a hacer?

CANDE.- ¿Que qué voy a hacer? Voy a criar a mi hijo.

EVA.- Pero el médico ha dicho...

CANDE.- Ha dicho tonterías. Que no es viable, decía. ¡Viable! Ni que estuviésemos hablando de la construcción de un puente o de un viaje a la luna. Es mi hijo. Lo he llevado durante casi ocho meses dentro y él solo lo ha visto unos minutos.

EVA.- Cande, no te hagas eso. El doctor sabe de lo que habla.

CANDE.- No hay ninguna universidad que pueda enseñarle lo que yo sé sobre lo que significa ser madre. Baja a la cafetería y súbeme una cucharilla de café, de las pequeñas. Y llama a la prima Amparo. Dile que nos traiga todos los días dos litros de leche, de vaca, de las suyas, no de las de caja.

EVA.- Pero...

Corta en seco a su hermana alzando la mano con un movimiento firme. La hermana se queda petrificada, en silencio.

CANDE.- Herviremos la leche recién ordeñada y yo me encargaré de dársela cucharada a cucharada, gota a gota si es preciso. Y mi niño lo entenderá. Lo entenderá y lo aceptará. Comerá. No son los kilos lo que lo convierten en mi hijo ni las tetas a mí en su madre.

Cande se acerca a la cunita y coge a la criatura, con cuidado, y la arrima hacia sí. Le hace carantoñas en la carita, le acaricia, le habla. Se muestra el vínculo, mientras le mece ligeramente. Su hermana observa la escena, como queriendo decirle algo. Da un paso dubitativa, con una mano extendida a media altura a punto de protestar. Se detiene, baja el brazo y se da la vuelta.



EVA.- Me bajo a por la cucharilla de café. Subo en un momento.

Cande se queda cantándole al pequeño. “Jugando al escondite, en el bosque anocheció. Jugando al escondite en el bosque anocheció. El cuco cantaba y el miedo nos quitó. El cuco cantaba y el miedo nos quitó. Cu-cú. Cu-cú. Jugando al escondite, en el bosque anocheció. Jugando al escondite en el bosque anocheció.” Fundido a negro.



EL DÍA QUE NOS DIJIMOS ADIÓS

Una mujer en proscenio, sentada en una silla. Mira al suelo, cansada, con los hombros caídos, la cabeza ídem y las manos descansando sobre el interior de sus muslos. Iluminación ajustada a su proscenio, en blanco amarillento o ligeramente cenizo, pero nunca oscuro. Tras ella, oscuridad.

CANDE.- *(Con un grito que no alza el volumen, agarrado desde el interior, casi gutural, enfadado pero contenido, paladeando las dos sílabas de la palabra)*
¡Zorra! Te has marchado antes que yo. Siempre tenías que ser la primera.

Se ilumina ligeramente la parte posterior del escenario. Allí, en otra silla, se encuentra Eva. Sentada también en una silla. Pero ella mira al frente, a su hermana, al patio de butacas. Ella no está cansada, no está enfadada. En calma, ella está en calma.

CANDE.- Siempre dando la nota. Aquí a la niña siempre le gusto hacerse notar, y hasta en esto lo has tenido que hacer. Morirse la primera, la muy... ¡Zorra! *(Esconde su rostro detrás de sus manos y se mece adelante y atrás, adelante y atrás, como adaptándose a su dolor. Se calma, retira las manos.)* La última magocha, la última. Ahora solo quedo yo. Quién me lo iba a decir, con la mala salud que tuve siempre. *(Al público)* Magocha. ¿Tú sabes de dónde viene ese mote? Yo es que no tengo ni idea. Y tampoco entiendo por qué solo ha pasado a las mujeres de la familia. No hay ni un magocho en todo esto. Bueno, aunque eso tampoco es extraño; es que las mujeres García somos muy nuestras.

Se levanta de la silla y camina despacio, en su proscenio. Se detiene un poco antes de hablar. Detrás continúa Eva en su silla, iluminada, serena.

CANDE.- Algunas se mueren porque gastaron la vida, porque la usaron, otras se mueren sin usarla. Yo llevo treinta y siete años desde mi primera operación de bypass, y sigo aquí. Tomo más pastillas que Pocholo y me extirparon un pulmón hace seis años. Pero no, tenías que ser tú la que se muriese. *(Al público)* Ella siempre dando la nota. ¡Ella que no ha tenido un catarro en su puta vida! Lo hace por joder, por quedar por encima, como siempre.



BAMBALINAS

SARAY GARCÍA SÁENZ

Eva, la difunta, se levanta de su silla. Baila tranquila, disfrutando, sin prisa, desde detrás de Cande pero más cerca, alejándose de su silla pero sin llegar al proscenio todavía. Cande sigue sin notar su presencia. Ella interactúa pero sin esperar respuesta. Se mofa un poco de su hermana, con ironía.

EVA.- Estoy guapa hasta muerta. Y más viva siempre que tú, hermanita. Es que eres de un soso...

CANDE.- *(Sigue hablando con el público)* ¿Habéis visto cuánta gente ha habido en el funeral? ¡Y ella siempre decía que era asocial! Si es que se hacía querer.

EVA.- Lo único que siento de morirme es que no podré estar más contigo, hermanita.

Toca el rostro de su hermana, con suavidad.

CANDE.- *(Sorprendida)* ¿Lo habéis notado? (...) ¿Vosotros creéis que...? (...) Yo creo que tanta vida no se esfuma por una operación fallida, que no se apaga en un quirófano, digan lo que digan las máquinas. Pero no es posible. (...) Aunque, con ella, todo es posible. Bah, no, es una estupidez.

Eva sigue bailando, suave, feliz, y de vez en cuando le susurra al oído y le toca. Da cierta sensación de ninfa o musa.

CANDE.- *(Con Eva hablándole al oído, mientras todavía está sentada. Se levanta en cuanto la difunta se retira de su oreja)* Egipto.

EVA.- *(Al oído, pero ahora audible para el público)* Egipto.

CANDE.- ¡Egipto! Ella siempre dijo que tenía que ir, que teníamos que ir juntas.

EVA.- Egipto. Una lástima. Me he quedado sin ir. Pirámides, sol, el Nilo...

CANDE.- *(Convencida, iluminada)* Viajaré a Egipto.

EVA.- *(Otro susurro al oído de Cande, apenas audible para el público)* París.

CANDE.- ¡Y a París!

Eva continúa susurrándole a la oreja.

CANDE.- Y a Venecia, en carnaval, como siempre planificaste. *(Pero su rostro se apaga, como si se diese cuenta de la imposibilidad. Cae a la silla.)* Pero... no puedo. Mi marido... y los niños.

EVA.- ¿Niños? ¡Pero si el pequeño tuyo tiene 37 años! Aunque, claro, es tan lerdo...

CANDE.- No sé... *(Se levanta de la silla)* Pues lo voy a hacer. Voy a vivir como viviste tú. Venga, que sí. *(Moviéndose animada por todo el escenario)* Primero Egipto, vuelvo a casa y organizo la escapada a París. Vuelvo y preparo Roma y Venecia... Y si me aparece una pasión turca, pues ¡ancha es Castilla! Veré mundo, por ella.

EVA.- No, así no. Ve mundo por ti, por exprimir tu vida, por no llegar al final y darte cuenta de que no has vivido. Vive, vive, pero hazlo por ti misma, por nadie más.

CANDE.- *(Se detiene un instante, mira al público y habla.)* Veré mundo, por mí, porque me lo merezco.

Se da la vuelta y se sitúa en la parte de atrás del escenario, cerca de donde al principio estaba su hermana en la silla. Eva la mira, con ternura infinita, con amor de hermana y de madre.

EVA.- Por fin lo has entendido. Por ti.

Cande sale del escenario. Se queda sola Eva, sonriente, mirando cómo se marcha.

EVA.- Magochas. Es cierto, las mujeres García son mucha mujer. ¡Cuánto te voy a echar de menos!

Guarda silencio unos segundos, dejando que el cariño se pose en el público.

EVA.- Aunque ya podías haber ido antes, jodida, que al final yo me he quedado sin ver Egipto, y todo por esperar a que te decidieses. *(Silencio)* Te quiero.

Baila suave, feliz.

